



A través de las sombras del Paganismo

por el R. P. Claerhoudt

ENTERRARON al viejo Tamilan en la obscura cueva de Bwaletée, y el triste cortejo fúnebres se retiró en silencio, quedándose en la choza del difunto, en donde la desconsolada viuda cantaba el lúgubre canto de duelo, mientras se iban consumiendo las ofrendas para el alma del esposo.

Los ritos y extrañas ceremonias que se habían celebrado después de la muerte y en el entierro de Tamilan, daban a entender que el viejo pagano no había muerto cristianamente. Mas aquellas palabras pronunciadas angustiosamente en los últimos momentos de su vida, aquel grito arrancado del fondo del corazón ¿que significaban? "Kaasidjo-ak akik.... tag-wai-jo's Apo Pari.... ¡Misericordia hermanos, llamad al Padre! ¡Oh! ¿qué palabras eran aquellas que

causaron tan honda impresión en los circunstantes? Sólo Dios sabe cuáles fueron los deseos y pensamientos de aquel pobre viejecito mientras yacía en su lecho de muerte, suplicando con su mirada a los que lo rodeaban que satisficieran sus deseos.

Uno de sus hermanos, Dalawai, al oír que deseaba ver al Padre, enojóse sobremanera, y escupiendo en el suelo como para mostrar su enfado, le dijo con acentos duros que tenía que morir como mueren los buenos igorrotos, si deseaba ver a sus antepasados "Ateng" que moran en el monte Polak.

Y entonces el pobre Tamilan incorporóse en su mísero lecho, pronunció unas cuantas frases ininteligibles, y cayó desplomado sobre el mugriento jergón....

No mucho antes de su muerte,

Tamilan había sido invitado cierta noche a un gran festín que celebraba un opulento hombre de una aldea vecina. En medio de la algazara y bullicio de la fiesta, aproximóse Tamilan a una ventana que daba a un riachuelo y mientras contemplaba el sol poniente, llegaron a sus oídos las lejanas notas de una música dulce y melodiosa, que procedía de la capilla católica del pueblo. Movido por la curiosidad, dejó Tamilan la choza y tomó el camino que conducía a la capillita católica. Al llegar al umbral, detúvose Tamilan y miró adentro. El aspecto del interior de la "Casa de Dios", como llamaban su capilla los cristianos, la actitud recogida de los que oraban, la paz que allí reinaba, pareció muy extraño al pobre pagano acostumbrado a las ruidosas ceremonias del rito igorroto. ¡Qué diferentes, qué diferentes eran las ceremonias de los cristianos! ¡Cuánto le deleitaban aquellos cantos dulces y melodiosos!

¡Pobre viejecito! ¡Cómo le palpitaba el corazón mientras parado en el umbral seguía con la vista

las ceremonias de los cristianos! Pero ¿qué era aquello que el sacerdote elevaba lentamente, por encima de la débil luz de las candelas y de las delicadas flores que adornaban el altar? ¡Pobrecito Tamilan! ¿qué pensabas entonces? ¿No sabías que el Salvador te miraba tiernamente desde la Sagrada Custodia, que te pedía el corazón? ¡Cómo te miraba Jesús, con qué ternura, con qué amor! Aquella Víctima Inmaculada pedía al Padre Eterno por la salvación de tu alma. ¿No oíste acaso la voz de la gracia que llamaba a las puertas de tu corazón, pidiéndote te entregaras al Esposo Divino de las almas, rogándote que le amaras porque deseaba tu amor?

Desde aquel domingo en que Tamilan estuvo en la capilla de los cristianos, ya no fué el mismo. Tornóse triste y taciturno, y su semblante cada vez más pálido y macilento. En sus pupilas tristes, hundidas en las ojeras profundas adivinábase una honda pena....

¡Ah, pobrecito Tamilan! si te hubieran escuchado cuando yacías en tu lecho de muerte!

ECOS DE LA MISIÓN

**El Rdo. P. Ghysebrechts
desde BARRIG:**

Reciba mis agradecimientos la generosa bienhechora que me envió veinte pesos el mes pasado por el LITTLE APOSTLE, para la construcción de la capillita y con-

vento de esta nueva estación misional.

¡Ojalá que muchos se muevan a imitar a esta generosa Señora, ayudándome con sus limosnas a continuar mis obras de caridad en esta Misión!

La capillita de NATONIN, la